Historia de la guirnalda milagrosa

Madrid

[1893?]

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Title : Historia de la guirnalda milagrosa.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]
Format : 24 p. : ill. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9.27-94
Camera Operator: CG

(TRES PLIEGOS.)



HISTORIA
DE
LA GUIRNALDA MILAGROSA.

MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19



HISTORIA

DE LA

GUIRNALDA MILAGROSA.

PRIMERA PARTE.

Cuando Don Pelayo el grito
de guerra santa lanzó,
para expulsar á los moros
del territorio español,
(que de él se hicieron señores
por venganza, con traicion),
coronar tan alto empeño
resolvió en su mente Dios;
mas en sus altos designios
su voluntad decretó,
que antes que del pueblo ibero
se lograse la intencion,
de crímenes y perjurios
sufriese insano el rigor.
Y si en más de cien batallas
al sarraceno venció,
quedó triunfante otras tantas
el agareno pendon.

Hasta que á los ocho siglos,
del Juez Supremo la voz,
al mahometismo en España
exterminio, pronunció.
Y ya entonces sus dominios
uno tras otro perdió,
guardando solo en Granada
su vergüenza y confusion.
Mas aunque allí tributario
quedó del rey español,
se alzaron nuevos caudillos
que con bizarro teson
juran llegar á la Alhambra,
y en el alto mirador
clavar triunfante la enseña
del divino Redentor.
Y colmando sus deseos
el más feliz galardon,

evacuaron los moriscos
el territorio español.
Conque del árabe imperio
la completa destruccion,
principiando en Covadonga,
en Granada terminó.
Para celebrar un triunfo
de tan alta estimacion,
el español entusiasmo
su grandeza desplegó:
y en justas, danzas, torneos,
convites, de sol á sol,
todo era fiestas Granada,
todo lujo y explendor.
En banquetes y saraos,
en buen gusto y profusion,
nadie fué más adelante,
ninguna casa escedió
á don Gonzalo de Lara,
ilustre rico infanzon,
tan bien querido en la córte
como apreciado en valor;
el cual gozaba en Valencia
una pingüe posesion,
poblando tres mil vasallos
su terreno productor;
donde ostentaba un alcázar
de riquísima labor,
obra digna de la mano
que diestramente lo alzó
en una fértil campiña,
cuyo constante verdor
recorta en el horizonte
su dilatada extension.
La pradera entapizada
de agradable tornasol,
cruza risueño un arroyo
saltando de flor en flor,
brotando chispas de plata
en su carrera veloz;
y va con grato murmullo
á un jardin encantador,
donde las frutas y plantas
con su gusto y arrebol
hacen lisonjera gala
de la grandeza de Dios.
Constante sirve al alcázar
de antemural guardador
un ancho espacioso bosque,
donde el frondoso verdor
el alcotan y la garza,
la tórtola y el halcon;
el jabalí, la raposa,
el gamo y ciervo veloz,
en todas las estaciones
dan al diestro cazador,
más que alcanza su deseo
para saciar su aficion.
Era, en fin, toda la vega
tapiz de inmenso grandor,
que en plantas, aves y frutas,
cual tierra de promision,
la divina Providencia
con mano franca llenó.
En medio de tal riqueza,
de la fortuna el favor,
de don Gonzalo de Lara
la ilustre cuna meció.
Allí sus primeros años
contento y feliz pasó,
y allí gozó las primeras
ilusiones del amor.
Al cumplir los cinco lustros
en matrimonio se unió
con una jóven doncella,
doña Adela de Giron,
parienta en próximo grado
del noble Cid Campeador.
Doña Adela era un dechado
de la humana perfeccion,
de hermosura y de talento,
gracia, virtud y candor.
Su edad la de los amores:
pura como el arrebol
que ostenta al aura de Mayo
el capullo de una flor.

Para amar y ser amado
nacido su corazon,
del puro amor de su esposo
era constante crisol.
Y su esposo por su parte
ciego y constante la amó;
pudiendo muy bien decirse
con acertada razon,
que á don Gonzalo y Adela
quiso dar el Criador,
una voluntad á entrambos
y un alma para los dos.
Al año del matrimonio
un hijo el cielo les dió,
para completar lo bello
de tan venturosa union.
Guillen le dieron por nombre,
y el niño no desmintió
de su muy ilustre alcurnia
la esclarecida opinion;
pues desde su tierna infancia
claramente demostró,
que sería con el tiempo
de sus mayores honor.
Su aplicacion al estudio
y su talento precoz,
en breve dieron el fruto
de su esmerada instruccion.
Con que siendo de sus padres
el embeleso mayor,
contentos y satisfechos
de su recíproco amor,
doña Adela y don Gonzalo
vivian ambos á dos
en un mundo de delicias
que concertó el mismo Dios,
y del cual solo el infierno
pudiera ser torcedor.
Contaban así diez años
en tan dichosa ilusion,
cuando al cerco de Granada
don Gonzalo se ausentó;
y á siglos contando el tiempo
de aquella separacion,
tan luego como domado
el sarraceno furor,
el triunfo del cristianismo
asegurado quedó,
al seno de su familia
Lara de volver trató.
En el tiempo que en Granada
residió, tuvo ocasion
de ser, como muchos otros,
testigo y admirador
del talento inagotable
y profunda erudicion
de un árabe rico y noble,
que por su ciencia logró
en la córte del rey moro
muy distinguido favor.
Abdul tenia por nombre;
su aspecto, sin ser feroz,
era grave; mirar franco,
y de atezado color.
Su lenguaje tan ameno,
su génio tan seductor,
que no era dable tratarle
y no cobrarle aficion.
Así con él don Gonzalo
tal amistad estrechó,
que sintiendo en la partida
tanto su separacion,
como si fuera de un deudo,
un medio fácil pensó,
por el cual pudieran juntos
seguir viviendo los dos;
llevándosele consigo
á completar la instruccion
de su hijo, á cuyo efecto,
largamente le ofreció
recompensar su trabajo.
Sobre tal proposicion,
Abdul por algunos dias
maduramente pensó:
de una parte le llamaba
del suelo pátrio la voz;

por otra, secreto impulso
escitaba su ambicion.
Al fin al segundo lado
su voluntad se inclinó,
y reuniendo sus bienes
en joyas de gran valor
tornando á mirar cien veces
el solar donde nació;
dejando, en fin, en Granada
sellado el último adios,
en direccion á Valencia
con el de Lara partió.
Pintar aquí con acierto
la dulce satisfaccion
de doña Adela, en el dia
que la nueva recibió
de la vuelta de su esposo,
fuera empresa superior
al ingenio limitado
que Dios al hombre le dió:
y á más inútil seria
para quien sepa de amor,
al decir que con el alma,
la vida y el corazon
se aguarda á un bien adorado
que tiempo há se ausentó,
mucho más cuando en peligro
perdido se le lloró.
Cuando del momento ansiado
el dia por fin llegó,
y en alas de su deseo
Adela salió veloz
al encuentro de su esposo;
al instante que le vió,
si grande fué su contento
fué su sorpresa mayor
al reparar en el moro,
fijando en él su atencion.
Abdul tambien por su parte
con asombro la miró;
mas reprimió un movimiento,
quiso hablar y vaciló;
centellearon sus ojos,
y cortés la saludó.
Ella quiso recobrarse
de su primer estupor;
mas fuese secreto impulso
ó acertada prevencion,
en el semblante y acento
del moro aquel, encontró
la perfecta semejanza
de otro rostro y otra voz,
que á ser su tormento eterno,
en su memoria guardó.
Y por más que ante su esposo
disimulara el dolor,
como el cristal de una fuente
empaña raudo aquilon,
la mirada de aquel hombre
todo su gozo nubló,
recordándola otros tiempos,
tiempos de acerbo dolor;
dias de amargura y llanto
en que á su padre perdió.
De cuyo triste suceso
constantemente ocultó
á su esposo los detalles,
poseida del temor
de que si un dia llegase
á descubrir el autor,
pondria en riesgo su vida
por tomar satisfaccion.
D. Gonzalo enajenado
de contento no advirtió
ni la sensacion de Adela,
ni de Abdul la turbacion:
con lo cual de aquel misterio
corrido el velo quedó:
el de Lara, disfrutando
la dulce satisfaccion
de poseer en su casa
el inapreciable amor
de su esposa y de su hijo,
quienes á su vez, los dos
le proporcionaban dichas
que el mismo cielo envidió.

Abdul sofocó en su pecho
la llama que en él ardió
á un impulso irresistible,
en impensada ocasion:
y aunque tal vez en secreto
se conservara el calor,
á nadie le fuera fácil
el penetrar su intencion,
segun el loable esmero
que desde luego mostró,
ya con Guillen, á quien daba
extensa y sábia instruccion,
ya siendo de don Gonzalo,
solícito y previsor,
aun más que amigo, vasallo
y esclavo de su opinion;
teniendo, en fin, con Adela
tal prudencia y atencion,
que se convenció ella misma
de que tan solo un error
pudo turbar sus sentidos
la primer vez que le vió;
pues no encontró en sus facciones
aunque mucho le observó,
ni en su trato delicado
y amable circunspeccion,
nada en que se descubriera
el hombre amenazador,
que tanto preocupaba
su ardiente imaginacion.
Luego trocando en aprecio
lo que primero fué horror,
volvió el contento á su alma
y el sosiego al corazon.
Abdul por la fé cristiana
abjuró su religion,
y nombrándole Marcelo,
el bautismo recibió.
En tan sacra ceremonia
Gonzalo le apadrinó,
y se celebró el festejo
con toda la ostentacion
que el asunto requería,
de un noble y rico señor.
Con que toda la familia
ya desde entonces tornó
á ser feliz y dichosa,
como era en tiempo anterior;
así un dia y otro dia,
un mes y otro mes pasó.

Uno tras otro los años,
trazando su curso al tiempo
sobre la faz de la tierra
cruzan con rápido vuelo:
y si el hombre cuando empieza
á usar del entendimiento,
meditase de las dichas
lo vano y perecedero,
y que pasados los años
fugáces instantes fueron,
serian menos sus culpas
y sus desventuras menos.
Vivieron más de tres años
en envidiable sosiego,
Guillen, Gonzalo y Adela,
y el moro recien converso.
Pero las guerras contínuas
en que se agitaba el reino,
al Estado de Gonzalo
llevaron el desconcierto.
De las armas de Castilla
sonó el belicoso estruendo,
y los pueblos que á Fernando
y á Isabel rendian feudo,
en torno de sus pendones
animosos acudieron
para defender la causa
con bizarría y denuedo,
cada cual rivalizando
para llegar el primero.
Cuando la trompa guerrera
llevó á Valencia sus ecos,
Gonzalo, cual buen vasallo

y valiente caballero,
de su obligacion conoce
los intachables preceptos.
De su pátria ve la gloria,
de su rey oye el acento,
y en patriótico entusiasmo
enardecido su pecho,
enarbola su estandarte
sin desperdiciar momento,
formando legion gallarda
de hidalgos y de pecheros.
Abdul, al cual parecia
que habia dotado el cielo,
sin duda con altos fines,
de un universal talento,
ayudando á don Gonzalo
que se ocupa en los aprestos,
con sábias disposiciones
muestra su instinto guerrero;
ya sagaz y vigilante
las escuadras recorriendo;
dando instruccion al recluta
con infatigable celo,
ya, cual veterano jefe,
la gente distribuyendo
de modo que toda pueda
servir en lances diversos;
ya en fin, con prudencia y tino
á la legion proveyendo
para una larga jornada,
de víveres y pertrechos.
Doña Adela por su parte
se esforzaba, pretendiendo
retardar aquella ausencia
con ingeniosos pretextos;
hasta que al fin ya cercano
el malhadado momento,
el cariño de su esposo
puso á prueba recurriendo
á las poderosas armas
de lágrimas y de ruegos.
Pero por más que Gonzalo
sienta dolor tan inmenso,
la sensacion que le causa
sofoca dentro del pecho;
que si de un lado le induce
á la tardanza su afecto,
del otro su rey le llama,
y obedecerle es primero.
En Guillen tambien ardia
del pátrio entusiasmo el fuego,
y aunque acompañar al padre
quisiera en su santo empeño,
ni su edad lo permitia,
siendo un imberbe mancebo,
ni aunque esfuerzo le sobrara
seria prudente hacerlo,
por cifrar en él su madre
su solo amparo y consuelo.
Pues por más que D. Gonzalo
tal vez á mayores riesgos
que la campaña presente,
hubiera su vida expuesto
en diversas ocasiones,
jamás en Adela hicieron
temer, como en la de ahora,
un lamentable suceso.
Y cuando pesa en el alma
un triste presentimiento,
son cortas las reflexiones
del más despejado ingenio;
que á cada paso que damos
delante nos pinta el miedo,
en cada sombra un fantasma,
en cada voz un espectro.
Llegó el dia tan temido,
que todo estando dispuesto,
principiaron las escuadras
á ponerse en movimiento.
Hermosa la quinta aurora
lució de Mayo risueño:
suave el céfiro movia
sus leves alas meciendo
de las soñolientas flores
los varios capullos tiernos,
y las inocentes aves,

con armoniosos acentos,
de rama en rama saltando,
publicaban su contento,
al asomar en Oriente,
bajo trasparente velo
perfilado de oro y grana,
del sol los rubios cabellos.
Todo era encanto y dulzura;
todo anunciaba en el cielo
traer á la tierra un dia
grato, apacible y sereno.
Los atabales y trompas
la señal de marcha hicieron;
y los pajizos pendones
sus pliegues flotando al viento;
y los gallardos plumajes
el ancho espacio cubriendo,
en leves ondulaciones
de cien colores diversos;
y las aguzadas lanzas
volviendo al sol sus reflejos,
en breve tiempo, al mandato
de una sola voz hicieron
de topacios y diamantes
lujoso tapiz, fingiendo
que caprichoso cubria
selvas, llanuras y cerros.
Al recibir el de Lara
de Adela el adios postrero,
esta con amargo llanto
alzó los ojos al cielo,
y como de un rayo herida,
cayó de repente al suelo
lanzando un agudo grito
de los que rasgan el pecho.
Fatal y cruel mirada!
Presagio terrible, acerbo!
Al estraviarse sus ojos
en el horizonte vieron
rápidamente elevarse
un nubarron denso, negro,
que á oscurecer principiaba
del sol los rayos primeros;
y en torno de sus cabezas
girar con pesado vuelo,
cerniéndose en el espacio,
sobre el alcázar un cuervo.
A la exclamacion de Adela
Gonzalo reparó en ello;
pero á más que no seria
cordura prestar ascenso
á triviales incidentes,
que son para el mundo agüeros,
cuando la hueste marchaba
con tan bizarro denuedo
fuera mengua de su jefe
detenerse ni un momento.
Y aunque algun instante estuvo
confuso, absorto y suspenso,
mal resistiendo la lucha
de afectos varios y opuestos,
devorando la amargura
de su dolor en secreto,
sobre la frente de Adela
estampó un ardiente beso;
dió un fuerte abrazo á su hijo,
tomó la mano á Marcelo,
y estrechándola en las suyas
con el más cordial afecto,
le dijo: «Mi fiel amigo,
á tu cuidado encomiendo
de mi familia y Estados
la conservacion y arreglo:
si mucho es lo que te pido,
es mucho más lo que espero
de tu amistad intachable,
de tu inteligencia y celo;
y así, más que de mis bienes,
lo que te encargo y te ruego,
que cuides mucho á mi esposa
y mi hijo, á quienes dejo,
sabe Dios que con el alma,
porque otra cosa no puedo;
llevando conmigo el áspid,
de cuyo cruel veneno
abrasadas las entrañas,

casi el corazon deshecho,
me vá ya quitando el habla
y me quitará el aliento.»
Algunas palabra quiso
añadir; mas conociendo
que le faltaban las fuerzas,
montó á caballo ligero;
empañáronse sus ojos,
y sin aguardar el tiempo
de escuchar las reflexiones
que quiso hacerle Marcelo,
calándose la visera
partió veloz como el viento.
En breve, tras de su espalda
quedándose el bosque espeso,
volvió el rostro hácia su casa,
y ya sus ojos no vieron
ni las torres del palacio,
ni los floridos oteros;
y aterrado, confundido,
más que si fuera de hielo,
dejó caer su cabeza
hasta tocar en el pecho,
en tanto que á rienda suelta
siguió el caballo corriendo,
á encontrar los escuadrones
que delante de él salieron.
Cuando la infeliz Adela
recobró el conocimiento,
Guillen estaba á su lado,
dando á sus penas consuelo;
y como á todo el que sufre
vaivenes del hado adverso,
sus penas participadas
dan á sus males remedio,
la madre y el hijo entrambos
por una causa sufriendo,
pasados algunos dias
llegaron al mismo efecto,
logrando de sus pesares
hacer los rigores menos.
Marcelo, desde la hora
en que se quedó cual dueño
de la casa, por ancargo
de D. Gonzalo, su aspecto
cambió de cortés y afable,
en algun tanto soberbio.
Las atenciones que tuvo
antes con Adela, fueron
desde entonces claras muestras
de atrevido galanteo.
Ella sorprendida, absorta
con tan no esperado intento,
creyó confundir su audacia,
tratándole con desprecio;
mas él feroz, insolente
siguió estrechando el asedio,
con pertinaz osadía,
hasta llegar al estremo
de emplear las amenazas
para lograr su deseo.
Entonces fué cuando Adela
temió sucumbir al peso
de su desventura horrible,
tan tarde reconociendo
en el moro convertido
al hombre vil y perverso
que fué tal vez de su padre
el homicida instrumento,
forjando con pesadumbres
de un loco y tenaz empeño.
Y como á nadie tenia
por amparo en tanto riesgo
sino á Guillen, y era débil
su vigilancia y esfuerzo,
contra el poder enemigo
tan formidable y tan diestro,
se retiró con su hijo
al más seguro aposento
de una impenetrable torre
del alcázar; no saliendo
sino de él acompañada,
en las horas que Marcelo
empleado en sus faenas,
del palacio estaba lejos.
Pero ni aun así tranquila

determinó escribir luego
á su esposo y avisarle
tan increible suceso
que amenazaba su vida,
y haciéndolo así en efecto,
con todas las precauciones
que para el mejor acierto
se requerian al caso,
hizo que marchara el pliego.
Cuando llegó don Gonzalo
á incorporarse á los tercios
que á las partidas rebeldes
de cerca iban persiguiendo,
consiguieron alcanzarlas
en tan acertado encuentro,
que allí quedaron vencidas,
dejando el campo cubierto
de ensangrentados despojos;
y sus fugitivos restos
fueron presa del de Lara,
para gloriosos trofeos:
con lo cual ya terminado
el más importante objeto
que para ponerse en marcha
aquellas tropas tuvieron,
dirigiéndose á la corte
y á sus inmediatos pueblos,
para esperar nueva órden
se acuartelaron en ellos.
Iban cerca de dos meses
que don Gonzalo sufriendo
entre temores y dudas
irresistibles tormentos,
no sabia de su esposa;
pues aunque con hondo anhelo
á su casa muchas veces
mandó mensajes diversos,
ni con cartas ni con nuevas
á verle jamás volvieron,
cual si hubiera en el camino,
para estorbar su regreso,
un abismo inmensurable
que los hundiera en su centro.
Cuando ya casi estallaba
su acalorado cerebro,
á impulso de congeturas
y de cálculos siniestros,
paseándose una tarde
solitario y macilento,
vió llegar como en su busca,
sobre un caballo ligero,
un hombre que cabalgaba
completamente encubierto,
con el embozo á las cejas
y hasta el embozo el sombrero.
Acercándose á Gonzalo,
como el que sabe de cierto
quién es á quien se dirije,
puso en sus manos un pliego
sin hablar una palabra;
picó al caballo de recio
y se perdió en el espacio
á rienda suelta corriendo.
Atónito don Gonzalo
con semejante misterio,
trató de saber ansioso
de aquel papel el concepto:
y con mano temblorosa
rompiendo el lacrado sello
en mal conformadas letras,
leyó en semejantes términos:

«Si ultrajado y ofendido,
sin consuelo ni reposo,
enamorado y celoso,
despreciado, envilecido,
estais de venganza ansioso,
no con indolente calma
desperdicieis la ocasion,
que breves las horas son,
y á los desquites del alma
nunca en tardar hay razon.
No abrigueis la confianza
de que reveses mundanos
purgan delitos humanos:
si quereis, señor, venganza,

tomadla por vuestras manos;
venid, vereis, entre ruinas,
de vuestra casa despojos,
estragos, iras y enojos,
sangre, cenizas, espinas
arena, cieno, y abrojos.»

Al terminar la lectura,
de tan terrible concepto
(que solo de sus entrañas
pudo abortar el averno)
don Gonzalo anonadado,
de pasmo y asombro lleno,
giró en rededor la vista
y no vió ningun objeto;
paralizada su sangre
y contraidos sus nervios,
sin acertar á moverse
quedó con espanto fiero;
hasta que de su desmayo
le sacó el lúgubre acento
de un cárabo que gritaba
en un inmediato fresno,
y fijando en una idea
su agitado pensamiento,
resuelve marchar al punto
á su casa y ver si es cierto
lo que el anónimo dice;
y haciéndolo desde luego,
sin ser visto de los suyos
abandonó el campamento,
ya bien entrada la noche,
fiando su amparo al cielo.
Cuando partió don Gonzalo,
en aquel mismo momento
el destino señalaba
con su inexorable dedo,
el término á donde Adela
debia llegar muy presto.
En torno de su palacio
todo era dulce sosiego,
y solaz grato en su estancia,
brindaba el jardin ameno.
Con tranquilidad la noche
iba su curso siguiendo,
y la luna entre celajes,
de color amarillento
tornasolaba las flores
que suave halagaba el céfiro.
Solo en la verde enramada
interrumpia el silencio,
el ruiseñor amoroso,
con melodioso gorjeo,
de la fuente cristalina
el constante saltadero,
y el compasado murmullo
del bullicioso arroyuelo.
Junto al palacio, en un sitio
fragante, frondoso y bello,
se hallaban dos personajes,
en inocente recreo.
Una hermosa y jóven dama,
en cuyo semblante bello
se traslucian señales
de algun padecer interno;
y que vestida de blanco,
su talle gentil y esbelto,
sus matizadas mejillas
y su trasparente cuello,
daban enojo á las rosas
y á las azucenas celos,
con inequívocas muestras
del más entrañable afecto,
fijaba con entusiasmo
us hermosos ojos negros
en la figura de un jóven
gallardo, afable y apuesto.
Era su tez sonrosada,
blondo su rubio cabello;
eran estrellas sus ojos;
leve y flexible su cuerpo.
Tan visibles perfecciones
acumulaba el mancebo,
que la dama extasiada,
se imaginaba estar viendo
más bien que de un ser humano

la imágen de alado genio.
Era la jóven Adela,
y Guillen, el garzon bello,
que dulcemente y juntando,
con maestría y gracejo,
los sonidos de una lira
á su encantador acento,
en sentidas consonancia
cantaba estos tristes versos:

Mal descansa con dolor
quien entre espinas y abrojos,
en cuanto pone los ojos,
ansias encuentra y temor.
Qué rigor!
Al ver un abismo abierto,
temiendo en él ser de cierto
sumergido,
soñar con penas dormido;
y hallar desdichas despierto.
Ay del que al recuerdo fiel
de una esperanza perdida,
pasa el mayo de la vida
en amargura cruel!
Ay de aquel
que en el mundo maltratado
por los vaivenes del hado
caprichoso,
despues de verse dichoso
llega á verse desdichado!

Aquí Guillen se detuvo
para recobrar su aliento;
que su corazon latia
con tal violencia en el pecho,
cual si quisiera salirse
de su limitado centro,
tal vez leal presagiando
algun estraño suceso.
Breves instantes pasaron
en misterioso silencio:
de una sonora campana
en un relój no muy lejos,
rodaron por el espacio
doce compasados ecos.
Su faz ocultó la luna,
silbó con dureza el viento,
y las puertas del palacio
sobre sus goznes crujieron.
Adela y Guillen entonces,
de terror y espanto llenos,
quisieron dejar el sitio,
mas no pudieron hacerlo;
pues antes de dar un paso,
sobre sus cabezas vieron
con ímpetu formidable
brillar un agudo acero;
y al querer brioso el jóven
parar el golpe primero,
regando el suelo de sangre
cayó sin conocimiento.
Casi en el instante mismo
oyóse un ¡ay! lastimero
y una voz que roncamente
pronunciaba: «Al fin me vengo!
»Sí... ¿me conoces, Adela?
»¿conoces al que otro tiempo,
»porque tuvo la desgracia
»de amaros hasta el extremo,
»con vileza vuestro padre
»le afrentó altivo y soberbio
»y á pesar de tal ultraje
»supo sufrir en secreto,
»de vuestro padre alevoso
»el rencor no satisfecho;
»con persecucion odiosa
»logró obligarle al destierro?»
Adela exclamó: asesino,
Marcelo infame, teneos!!
«—Tenedme! si, cuando vea
»terminado mi deseo.
»¿Tuvisteis vos, por ventura,
»piedad de mis sufrimientos,
»cuando al saber que un amante
»os idolatraba ciego,
»el corazon á pedazos

»le desgarrábais con celos?
»¿Y acaso fué vuestro padre
»conmigo menos severo,
»cuando al sorprender la carta
»que os declaraba mi afecto,
»me buscó, me insultó airado,
»porque bastardo desciendo
»de una mora y un cristiano
»aunque noble caballero?
»Y al tratar de vindicarme
»yo de tanto vilipendio,
»su mano estampó en mi rostro,
»encontrándome indefenso.
»Yo no pudiendo otra cosa,
»hice entonces juramento
»de que semejante ofensa,
»fuese más tarde ó más presto,
»se lavaria en su sangre,
»pero de un modo tremendo.
»Mientras estaba esperando
»propiciaocasion de hacerlo,
»me persiguió vuestro padre
»con tal encarnizamiento,
»que tuve secretamente
»que ponerme á salvo huyendo.
»Al dirigirme á Granada,
»donde tenia mis deudos,
»aquí dejé confiado
»á un amigo el cumplimiento
»de lo que jurado estaba,
»sin haber tenido efecto.
»De la religion cristiana
»renegando llegué luego
»del rey moro de Granada
»á ser visir predilecto.
»Allí supe que mi amigo
»acortó con un veneno
»la vida de vuestro padre,
»por no encontrar otro medio.
Mas mi venganza no estaba
»satisfecha por completo:
»necesitaba que fuese
»tan terrible el escarmiento,
»como grande fué el ultraje
»que á mí me se habia hecho.
»Sin duda el satisfacerme,
»tomó á su cuenta el infierno,
»pues por medios tan estraños
»llegué al caso en que me veo;
»y así, si quiso la suerte
»bajo mis manos poneros,
»no he de ser yo quien quebrante
»sus infalibles decretos.»
Dijo, y con furia horrible
acometió sin dar tiempo
á que la infeliz Adela
pronunciase ni un acento:
solo tres hondos suspiros
en la oscuridad se oyeron;
tres veces hirió la daga
de la infeliz dama el pecho.
Entonces rugió furioso
desencadenado viento;
envistió con el alcázar,
y derribándole al suelo,
quedó el espacioso valle
de polvo y ruinas cubierto:
pereció el frondoso bosque;
los altos bosques se hundieron
y las fuentes y los rios
su corriente suspendiendo,
en pantanos y lagunas
sus cristales convirtieron,
y así, cuando don Gonzalo
guiado por su deseo,
de sus estados antiguos
creyó pisar los linderos,
tan solo encontró á su vista
un espantable desierto;
pues de las celestes iras,
los pastores y labriegos,
las aves y los ganados
despavoridos huyeron;
quedándose aquel recinto
de tan horroroso aspecto,
que don Gonzalo dudando

si era realidad ó ensueño,
aterrado se detuvo;
¡hasta que al fin sucumbiendo
al peso de su desgracia,
cayó sin sentido al suelo.
Tan triste cuadro la noche
cubrió con su negro velo;
la antigua heredad de Lara
quedó en sepulcral sosiego,
y entre el polvo de sus ruinas
su desventurado dueño,
sin que pudiera saberse
si estaba con vida ó muerto.

SEGUNDA PARTE.

Despues que completo triunfo
de las sarracenas armas
lograron los españoles,
los católicos monarcas
intentaron la conquista
más gloriosa y más preciada
de cuantas dieron laureles
á la corona de España:
tal fué la del Nuevo-Mundo
que con temeraria audacia
emprendió Cortés coloso,
haciendo eterna su fama.
Cuando la gente dispuesta,
ya solamente se aguarda
la señal de que á Occidente
su rumbo emprenda la escuadra,
golfo de confusos ecos
son de Valencia las playas:
los ancianos, que al guerrero
animan con sus palabras;
las madres y las esposas,
al viento dando sus lágrimas;
con jácaras los soldados,
las vírgenes con plegarias.
En un dia en que, cual otros,
despues de escenas tan varias,
la poblacion bulliciosa
ya sosegada se halla,
calmando su furia el cielo
de una tormenta pasada,
roba á la tierra la luna,
envuelta entre nubes pardas.
Es más de la media noche,
segun á juzgar se alcanza;
y en sueño tranquilo el pueblo
de sus fatigas descansa.
Solo en una oculta calle,
que es de muchos ignorada,
escúchase un triste acento,
que al parecer sollozaba.
Tambien con él se confunden
otras cortadas palabras,
pero no fuera posible
saberse de dónde salgan,
si la luna que ya entonces
su rostro desembozaba,
no dejase ver á intérvalos
ser un galan y una dama;
que ella detrás de una reja
y él en la calle se hablaban.
Aunque en sentidos opuestos,
tratan los dos una causa,
sus penas ella diciendo,
cuando él declara sus ánsias;
pidiéndola amores él,
ella sintiendo mudanzas.

Quedaron luego en silencio,
y al cabo de breve pausa,
escuchóse al de la calle
decir resuelto en voz alta:



«Vive Dios, que ya Isabel,
»estais demás porfiada!
»Sabeis, Isabel, que tengo
»por nombre Guillen de Lara?
»Sabeis que vino mi cuna
»de tan ilustre prosapia,
»que si el sol se le atreviera
»bien pronto se avergonzara,
»porqne viera que su brillo
»con el de aquella no iguala?
»Y sabeis que si esta sangre
»un hombre en sus venas guarda
»no puede vivir sin honra,
»y ha de saber sustentarla
»en fé de prenda que debe
»á Dios, al rey y á su dama?
»Pues si todo esto sabeis,
»podeis estar sosegada;
»que Guillen aprecia menos
»la vida que su palabra.
—»Un año que me la disteis...
—»Un año, cierto, bastaba
»para que hubiese cumplido
»mi amor y vuestra esperanza;
»pero si quiso la suerte
»mecerme en cuna dorada,
»no quiso que yo clavase
»la rueda de la desgracia.
»Seis años ha que el destino
»persiguiéndome con saña,
»hasta la tierra que piso
»zozobra bajo mis plantas.

Perdí desgraciadamente
las prendas que más amaba:
perdí mis padres, mis bienes;
con ellos perdí mi casa!
y estuve tambien tan cerca
de que mi vida acabára,
que debo tener de cierto
á milagro el conservarla.
Hallándome ya espirando,
en aquella noche aciaga
que fué víctima inocente
mi madre desventurada,
en éxtasis delicioso,
que el alma me arrebataba,
ví que se rasgaba el cielo
con resplandor de oro y grana;
y entre vaporosas nubes
y entre celajes de nácar,
un trono de serafines
llevando sobre sus alas,
cual si fuera leve pluma,
una hermosísima dama,
cuya rubia cabellera
vistosamente adornaba,
de blancas fragantes rosas
una graciosa guirnalda:
de púrpura su vestido,
manto azul, que tachonaban
mil refulgentes estrellas,
que á las del cielo eclipsaban.
Era esta excelsa Señora
la Virgen inmaculada,
que de la mansion eterna
con tanta pompa bajaba.
Entonces mil instrumentos
en sonoras consonancias,
poblando el inmenso espacio,
la hicieron celeste salva;
y cuando tornó de nuevo
hácia el Empíreo su marcha,
al pié de su régio trono
veíase arrodillada
una señora vestida
de leve túnica blanca;
una estrella refulgente
sobre su frente brillaba,
y en su cuello de alabastro
que envidia á la nieve daba,
cinco encendidos rubíes
su fuego reverberaban:
cinco rojas cicatrices
que hizo rencorosa daga;
pues aquella era mi madre,
que tras desventuras tantas,
hallaba en la gloria eterna
de sus virtudes la palma.
Ignoro desde aquel punto
lo que conmigo pasára;
porque ni sé cuánto tiempo
tuve la razon turbada,
ni quién me sacó del sitio
en que espirante me hallaba
Me ví cuando abrí los ojos,
en una modesta estancia,
que deun pobre monasterio
ser la celda figuraba.
Delante de un crucifijo
que habia junto á mi cama,
venerable y fervoroso
un religioso rezaba.
Sus sabias exhortaciones
y su asistencia esmerada,
me hicieron en breve tiempo
que la salud recobrara.
Entonces busqué anhelante
mis estados y mi casa;
pero perdido entre ruinas,
no me fué posible hallarlo
Era de noche; la luna
brillaba con luz opaca:
sin direccion y sin guia
mi tardo paso vagaba.
Caminé toda la noche,
y al crepúsculo del alba,
distinguí que muy distante
del suelo pátrio me hallaba.

Con intencion decidida
seguí adelante mi marcha,
logrando al cabo de pocas,
pero penosas jornadas,
estar dentro del recinto
de la córte de Granada,
y por término de viaje,
en ella fijé mi estancia.
Pasaban dias y meses,
los años tambien pasaban,
y no pasaban las horas
de mi deshecha borrasca.
Entre contínuos pesares,
zozobras, congojas y ánsias,
corria mi triste vida
sin alivio ni esperanza;
cuando por la vez primera
vi vuestra hermosura rara,
que cautivó desde luego
mi corazon, vida y alma.
De que seré vuestro esposo
tengo palabra empeñada;
pero por más que al sagrado
mirase de mi palabra,
¿cómo queriais que uniese
vuestro amor á mi desgracia?
Vinísteis luego á Valencia,
y aunque un pesar me empeñara
en no ver más sus arenas,
ni más respirar sus auras,
para quebrantar mi empeño
el venir tras vos me basta.
Pero ay! cómo los deseos
al desventurado engañan!
Cuando en vuestro amor veia
el iris de mi bonanza,
con inmerecidas quejas
vuestros rigores me matan.»
—»Por acabar tu suplicio,
una bien certera espada
pondrá término á tu vida
si esos rigores no bastan;»
acercándose á la reja
dijo una voz destemplada.
Y antes que Guillen tuviese
tiempo de ponerse en guardia,
un resplandeciente acero
ante su pecho brillaba.
Pero el jóven que al peligro
jamás le volvió la espalda,
evitando el primer golpe,
á su adversario se lanza,
confundiendo en lid sangrienta
de tajos y de estocadas.
Envueltas en densas tinieblas
quedó tan fatal batalla,
sin saberse á quien proteje
la fortuna de las armas.
Pasados breves instantes
al ruido pasó la calma,
un bulto habia en el suelo;
otro bulto se alejaba;
estaba la reja sola,
y la ventana cerrada.
A poco de allí en la torre
las tres marcó una campana.

Tras noche tan borrascosa
lució hermosísimo el dia,
y las gentes que durmieran
sosegadas y tranquilas,
al despertar de la aurora
con regocijo se agitan.
Todos van hácia las playas,
donde todo es alegría;
todo es guerrero entusiasmo,
todo patriotismo y vida.
La escuadra que al Occidente
su rumbo incierto encamina,
los aprestos del embarque
confusamente principia.
Oyese una voz de mando;
se calma la gritería,
y la expedicion velera

con viento en popa camina.
Cuando este animado cuadro
en la playa se ofrecia,
otro más interesante
se hallaba en una capilla,
en medio de una alameda
á la poblacion contigua;
en cuyo ameno recinto
se custodiaba una ermita,
que en la memoria del tiempo
su fundacion se perdia,
siendo tan pobre de aspecto,
como de milagros rica,
morando en ella la imágen
de la Vírgen sin mancilla,
la madre del Verbo hermoso,
á quien el vulgo apellida
«La Vírgen de la Guirnalda
reina de las maravillas,»
á cuyas plantas las gentes
fervorosas acudian,
como templo de sus bienes
y amparo de sus desdichas.
Ante imágen tan sagrada
en la hora referida
estaba un rubio mancebo
en oracion, de rodillas.
Era el altar de alabastro
hecho con arte prolija,
ostentándose grandiosa
en él la Vírgen Santísima,
que en sus amorosos brazos
al Niño Jesús tenia.
De la celestial Señora
la cándida sien ceñía,
deslumbrando con su brillo,
una guirnalda magnífica,
á la claridad cristiana
de los devotos debída.
Erase pues la guirnalda,
labrada en oro maciza,
y en sus flores engastada
riquísima pedrería.
El mancebo que rogando
á la Majestad divina,
con fé de cristiano estaba,
y fervoroso pedia
á la reina de los cielos
su intercesion infinita,
en éxtasis delicioso
su imaginacion perdida,
tan sin movimiento estaba,
que su cuerpo parecia
yerto cadáver humano,
ó estátua de mármol fria.
Pasando así un largo rato
sin dar señales de vida,
por fin su pecho agitado,
profundamente suspira;
luego girando suspenso,
en torno suyo la vista,
y pensando el levantarse,
quiso hacerlo y no podia;
pues entre dos decisiones
su voluntad suspendida,
si la una le impulsaba,
la otra le detenia;
y al pretender decidido
del suelo alzar las rodillas,
un poder irresistible
con fuerza se lo impedia,
cual si sobre el duro suelo
le hubiesen quedado fijas.
Alzó de nuevo los ojos
hácia la Imágen Santísima,
y vió que aquella Señora
la mano diestra movia.
Sorprendido y admirado
con aquella maravilla,
por más que dentro de su alma
se abrigase una fé viva,
zozobrando algun momento,
dudó si acaso seria
de su mente acalorada
una apariencia fingida.
Mas luego reflexionando

cuánto al Señor ofendia,
poniendo en duda un instante
su omnipotencia infinita,
con más fervor que al principio,
si mayor fervor cabia,
baja humilde la cabeza,
con devocion se santigua,
y en mental plegaria reza
la Salve y Ave-María.
Entonces en sus oidos
resuena clara y distinta
una voz, que por lo dulce,
de algun ángel parecia;
y suspendiendo su alma,
de esta manera se explica:
«Dios te honrará como tú
»le has honrado en algun dia;
»tus plegarias ha escuchado,
»y con su gracia infinita
»te amparará cuando más
»lo necesites, confia
»en que te ha de pagar Dios
»lo que mereces, con dichas
»que en tí y en tu descendencia
»se conserven sucesivas.»
Dijo: y el eco rodando
con celestial armonía,
fué perdiendo en el espacio
cuanto de humano tenia.
El jóven alzó gozoso
hácia la Virgen su vista,
y vió en el instante mismo
que de su mano caia
una flor de la guirnalda,
la más brillante y más linda,
cuya graciosa figura
y cuya belleza rica,
al ser imán de los ojos,
dejaba el alma cautiva,
y con ser de tal grandeza
y hechura tan esquisita,
no recibió ni el más leve
deterioro en su caida.
El jóven viendo en el suelo
alhaja de tal cuantía,
juzga no ser conveniente
allí dejarla perdida;
pero al mismo tiempo viendo
que tan sagrada reliquia
no deberá ser osada
á tocar su mano indigna,
pensó que de ambos estremos
lo más prudente sería
consultar á un sacerdote
que con sus luces le asista;
bien para que alzar del suelo
tal tesoro le permita,
ó bien para que le esplique
tan incomprensible enigma
Con tal decision, de nuevo
pretende alzar las rodillas;
pero no le fué posible,
que clavadas las tenia.
Entonces secreto impulso
irresistible le incita,
á cojer la flor aquella
que deslumbra con sus chispas.
Apenas llega su mano
á tocarla, en ella mira
la preciosísima prenda,
y sus piernas por sí mismas
levantándose del suelo,
hácia la puerta le guian.
Otra vez la voz del ángel
le fortalece y anima
diciéndole: «Guillen, marcha:
»nada estorbe tu partida:
»esa prenda que te llevas,
»la Vírgen te la dedica,
»para que sea su precio
»alivio de tus desdichas.
»Deshecha podrás venderla
»sin que suponga malicia:
»nada temas aunque en ello
»tal vez arriesgues la vida.»
Dejó, pues, Guillen gozoso

la solitaria capilla,
dispuesto á dar cumplimiento
á lo que le prevenia
el arcano incomprensible
de la Majestad divina.
Cruzando el frondoso bosque,
su paso seguro guia,
llegando pronto á estar dentro
de la poblacion vecina,
donde de una estrecha calle
á lo largo se desliza,
confundido entre las gentes
que de la playa volvian.
. . . .

TERCERA PARTE.

Algo más, ó poco menos
pasado habrian tres meses
desde el dia portentoso,
maravilloso y solemne,
que la Santísima Vírgen,
siempre pia, amante siempre,
grande con revelaciones
y con dádivas clemente,
á Guillen en la capilla
quiso dar á conocerse.
Desde aquel dia, en el pueblo
tales sucesos se ofrecen,
que á los unos dan espanto
y á los otros entretienen.
Al faltar en la Guirnalda
la mas rica flor que tiene,
los primeros que á la ermita
llegaron, cuando le advierten,
con indignacion concitan
el ánimo de los fieles.
Todos admiran el caso,
y fácilmente comprenden
que tan solo un desalmado
y desesperado hereje,
pudo cometer un robo
tan sacrílego y aleve.
Del horroroso atentado
sabe todo el pueblo en breve,
y el deseo del castigo
de tal sacrilegio crece;
mas como nadie sabia
quién el delincuente fuese,
por más que lo averiguaron,
no pudo el caso saberse,
hasta que de sus pesquisas
por fin, se les aparece
un hombre que segun dice
de luengas regiones viene,
y con diabólicas artes
causa terror á la plebe
y que de sábio hechicero
adquirir fama pretende;
y en efecto, muchas ciencias,
artes y lenguas posee:
ejecuta mil prodigios,
y sabe los diferentes
secretos que yerbas, plantas,
piedras y frutos contienen.
Sospecha el vulgo en el mago,
y desde luego le prenden.
Puesto á cuestion de tormento
declara lo conveniente,
pues aunque no es suyo el crímen
que acumularle pretenden,
con el poder de sus ciencias
á descubrirlo se ofrece.

si para ello le dejan
libre volver á su albergue.
El tiempo que ha señalado,
como pide, le conceden,
aunque muy bien vigilado,
por si fugarse quisiere;
y despues de varios signos
y señales diferentes,
con misterio ejecutados
á descifrar claro viene,
que quien ofendió sacrílego
á la Reina de los reyes,
hurtando de su corona
la flor más resplandeciente,
es un jóven que seguro
de su delito se cree,
pensando que no habrá nadie,
que de su crímen sospeche;
y á entregarle por sí mismo
el mago se compromete,
para que sufra la pena
que su atentado merece.
Todo salió cual decia:
puesto en poder de los jueces
el jóven que el hechicero
designó por delincuente,
confesó luego los cargos
que contra él aparecen;
y el tribunal de justicia
su justo fallo profiere,
con la sentencia que dictan
en tales casos las leyes,
para que tan negro crímen
se castigue con la muerte.
En la víspera del dia
que el fallo cumplir se debe,
y aprestándose á la fiesta
con regocijo las gentes,
de distintas poblaciones
á la del suplicio vienen:
que por más que tales actos
puedan parecer crueles,
á los curiosos atraen
y al populacho divierten.
Conque llegada la noche,
van todos á recogerse
y descansar de aquel dia,
para llegar al siguiente.

Apenas era el aurora
y del invierno al principio,
de aquel dia señalado
para el terrible castigo
del más horroroso crímen,
pensado, oido, ni visto.
No bien en el horizonte
delineaba el sol visos,
entre celajes de nácar,
rayos de rojo y pajizo,
(de un hermosísimo dia
claro y evidente indicio)
cuando el pueblo valenciano,
sus penas dando al olvido,
apresurado se agita,
corre azorado, sin tino,
poblando las anchas calles
que conducen desde el sitio
en que se encuentra el cadalso,
hasta un antiguo edificio,
que dá pavor con su aspecto
ruinoso y ennegrecido;
donde al llegar á las puertas
á nadie le es permitido,
por entre una fuerte guardia,
penetrar en su recinto;
pues dentro dél solo habia
un aposento mezquino
en que de séres vivientes
pudieran hallarse indicios.
Y era una lúgrubre estancia,
que más bien parece abismo,
pues jamás de luz entraba
ni el más ligero resquicio.
Fuera de su puerta estaban,

con imperturbable aviso,
dos inmóviles soldados;
y en su interior sumergido
un hombre, que se ocupaba
en los divinos auxilios
que á su lado le ofrecia
un sacerdote de Cristo.
Era el ajuar una cama,
una mesa y dos banquillos,
una estampa y dos rosarios,
dos velas y un Crucifijo.
Las gentes que aguardan fuera
el instante apetecido,
cuentan por fin que en la torre
marca el eco fugitivo
de una campana, diez veces,
el momento decisivo.
Síguese luego de adentro
un ronco y lejano ruido,
que poco á poco se acerca,
hasta llegar á ser visto
en medio la calle un reo,
de negro todo vestido.
Cabalga una hermosa mula
por tener el Fuero escrito,
«que si nobles hijos-dalgos
una vez han delinquido,
conservan sus dignidades
hasta llegar al suplicio.»
De un tambor se oye el redoble
y á su lúgrube sonido
sigue una voz destemplada,
que pronuncia á grandes gritos:
«Hoy la justicia Divina
»muestra su fallo inequívoco,
»haciendo que ahorcado muera
»por el horrendo delito
»de haber robado en sagrado,
»Don Guillen de Lara, hijo
»de don Gonzalo de Lara,
»hidalgo rico en lo antiguo.
»Y pues tanta fué su culpa,
»que pague su merecido.»
Cuando el pregon acababa
sonó de marcha el aviso,
y las gentes bulliciosas,
como por secreto instinto,
de pronto en piedad cambiaron
su ansiedad y regocijo.
Por cláusula de sentencia,
para llegar al suplicio
debia pasar el reo
por delante de aquel sitio,
en que con mano sacrílega
cometió el delito impío.
Así, pues, hácia la ermita
de la Vírgen conducido,
contrastaba su semblante,
(aunque pálido, tranquilo)
su apostura y gentileza,
su aspecto noble y sumiso,
con lo negro de su culpa
y triste de su conflicto.
Al pasar ante la puerta
de la capilla, entrar quiso
y á la Santísima Madre
pedirla en su trance auxilio.
Para orar un corto instante,
así le fué concedido;
y cuando en el ara estuvo
arrodillado y sumiso,
fué todo el pueblo asombrado
con el sublime prodigio
de volverle á dar la Vírgen
el capullo más lucido
que tenia en su guirnalda,
oyéndose al tiempo mismo
una voz fuera del templo,
que decia entre alaridos:
«Don Guillen está inocente;
»mi delacion fué artificio;
»porque si él tuvo la joya,
»la Vírgen así lo quiso;
»despues trató de venderla,
»y se la compré yo mismo...»
Entonces el pueblo, lleno

de indignacion al oirlo,
quiso vengar en su sangre,
al inocente oprimido.
Mas al ir á ejecutarlo,
resonó un fuerte estampido,
y entre relámpagos, truenos,
huracan, lluvia y granizo,
fué rápidamente el mago,
el moro Abdul convertido,
despues de tantas maldades
en los aires suspendido
por una horrorosa sombra
que con fuego se deshizo.
. . . .



Despues que pasó en el campo
escena tan horrorosa,
á la puerta de la ermita
la muchedumbre se agolpa;
y cuando Guillen acaba
su plegaria fervorosa,
es por todos conducido
á su casa con gran pompa;
donde luego que llegaron
admiran las gentes todas,
la más grande maravilla
que con el de Lara obra
la divina Providencia,
en su gran misericordia;
pues que de su triste albergu
ya no existia ni sombra,
sino en su vez el palacio
y la vega deliciosa,
que convirtió el cielo en ruinas,
y hermosa aparece ahora.
Conque vuelto á sus estados
y bienes, con tanta gloria,
quedó en las generaciones
despues acá más remotas,
consignado aquel prodigio
que pasmo causa y asombra;
honrando cual se merece
la Guirnalda Milagrosa.

FIN.